

Referencias en JACQUES-ALAIN MILLER

José Juan Ruiz Reyes

Eje I: En el dispositivo y la práctica analítica

Lacan evoca, en Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, un artículo de Numberg, del *International Journal*, en el cual este refiere precisamente los dichos de un paciente más bien insatisfecho con su psicoanalista, y que le dice: "Usted no sabe eso, por supuesto, y esto otro, por supuesto; no es capaz siquiera de aprehenderlo". Numberg dice muy lindamente: "Finalmente en esta insistencia vi que estaba listo para la transferencia"; habla de *the readiness to transference*. No se trata, entonces, de pensar que el Sujeto supuesto Saber se encarnaría en la presencia física del analista y supondría que el paciente le atribuye la omnisciencia. Esto puede ocurrir, pero entonces hay que tener cuidado de no estar en presencia de una psicosis alucinatoria. Se encuentran así psicosis desencadenadas por la experiencia analítica, a parar de lo cual, efectivamente la transferencia funciona. Funciona, de algún modo, en estado puro. El paciente está convencido de que el analista conoce sus pensamientos e incluso los fomenta en su cabeza. Eso pues, más o menos, es lo que le ocurrió, por cierto, a Schreber en su transferencia con el profesor Flechsig. La psicosis en cuanto que provocada por el psicoanálisis nos hace ver en estado puro la emergencia del Sujeto supuesto Saber en una forma aterradora, puesto que el terapeuta se convierte en el otro emisor de los propios pensamientos del sujeto; se convierte en la referencia de lo que el psiquiatra Clérambault, que Lacan reconoció como su maestro en psiquiatría, llamó automatismo mental.

Miller, J-A (2015) La transferencia de Freud a Lacan, *Seminarios de Caracas y Bogotá*, Paidós, Bs As, Argentina, p. 191.

¿Qué es lo que Freud llamó la "regla principal del análisis", que él siempre situó, de la cual dio diferentes formulaciones, pero cuyo carácter operatorio y fundamental siempre subrayó, mientras que la experiencia del análisis supone la libertad que se le deja al sujeto en sus asociaciones? Hay un punto que no puede ser eliminado del discurso del psicoanalista a su paciente: el que consiste en fijar esta regla original. Esta regla principal es la de asociar libremente y la de renunciar a toda crítica. Toda regla tiene ya, entonces, un carácter paradójico. La de confiar en lo que Freud llama "lo que le cae en mente"; es el caso. Al respecto, hay una exhortación psicoanalítica que es: "Diga siempre, ya veremos". En el fondo, la presencia del analista es una prueba de la confianza que él tiene en el inconsciente, a saber, que eso siempre asociará. Hay allí, en el fondo, en el momento original, una demanda del analista: la

demanda de decir lo que no quiere decir nada, estando seguro de que eso siempre querrá decir algo.

Miller, J-A. (2015) La transferencia de Freud a Lacan, *Seminarios de Caracas y Bogotá*, Paidós, Bs As, Argentina, p. 205.

Antes de ir a la estructura, podemos pensar un rato cómo el sujeto se ubica entre pasado y futuro en la entrada en análisis. La entrada en análisis es en presencia: entra el sujeto mismo en presencia del analista, se presenta. Después se necesitan varios arreglos —por correo, por teléfono, por cualquier medio de comunicación— pero, finalmente, es necesaria la entrada en presencia de esos dos seres. La función del presente está muy destacada en la entrada en análisis. Después será menos aparente. El sujeto que está realmente preocupado por su análisis, no voy a decir que olvida la presencia del analista, pero a veces lo despoja de muchos rasgos, no percibe el detalle; el sujeto histérico a veces está atento a todos los detalles, pero hay cierto borramiento de la intensidad de la presencia. En los tiempos de la entrada en análisis, la función de la presencia y del presente es muy destacada, pero no hay que olvidar que el sujeto, a la vez, trae cierta visión de su pasado y de su futuro.

Miller, J-A. (2015) Estructura e historia, *Seminarios de Caracas y Bogota*, Paidós, Bs As, Argentina, p. 338.

Puede ocurrir también que la presencia solamente auditiva del analista no sea suficiente para el sujeto y que, más allá de la oreja: sea necesaria la presencia visual del cuerpo del analista para que un análisis pueda funcionar; la disposición llamada "de cara a cara" es una modificación del dispositivo freudiano que responde a vanos motivos. Primero la relación cara a cara puede suscitar una modificación transitoria o preliminar, justificada por el hecho de que el sujeto puede no estar aún en la posición correcta con respecto a su palabra; es decir, que el sujeto esté aún dirigiéndose al analista como a una persona determinada y que comunique en vez de escucharse hablar. El "lo escucho" absoluto del analista está aquí para suscitar en el sujeto, por medio de la puntuación su escucharse hablar. Lacan resume la diferencia diciendo que es necesario que el sujeto deje de dirigirse al otro (con minúscula), al otro que es su semejante, para dirigirse, en la sesión analítica, al Otro (con mayúscula), en el cual se borra la identidad persona! del analista. Este Otro no es un lugar impersonal; es como una idealidad, como la idea del analista en el sentido de Platón. Pero es necesario que un analista cualquiera dé el soporte de su presencia y su cuerpo a esta idealidad.

Miller, J-A. (2015) La lectura del inconsciente, *Seminarios de Caracas y Bogotá*, Paidós, Bs As, Argentina, p. 573.

Sin duda es posible precisar que un análisis no se reduce a la serie de las sesiones. Tema a desarrollar, en la medida en que el análisis prosigue fuera de la sesión, la presencia del analista continuándose, perpetuándose más allá del encuentro, en la anticipación del encuentro por venir. Por ese mismo hecho hay allí una máxima del comportamiento del analizante, como lo evoca Lacan, más allá de lo que puede saber, por cuanto eso que le ocurre o va a hacer está destinado a ser volcado en el marco de la sesión analítica.

Miller, J-A. (2010) La sesión analítica, entre repetición y sorpresa, *Los usos del lapso*, Paidós, Bs As, Argentina, p. 209.

Los conduzco entonces paso a paso: es necesario el trabajo. Pero ¿el analista trabaja? Señalé que no es algo evidente, hasta tal punto que tres años después de inventar esta expresión Lacan distinguirá entre el acto analítico y el trabajo analítico, donde el analizante tiene el carácter activo porque participa del trabajo. El analista, en cambio, autoriza, introduce el trabajo y con esta garantía, esta autorización, esta presencia sostiene el acto analítico.

Miller, J-A (2010) Transferencia de trabajo, *El banquete de los analistas*, Paidós, Bs As, Argentina, p. 181.

Se trata de una pura deducción de la necesidad de la presencia a partir de las exigencias de la palabra, de la función de la palabra, es decir, a partir de las exigencias de lo simbólico. Lejos de valer como tal, esta presencia se deduce de las exigencias de lo simbólico.

Entonces Lacan subraya que esta presencia es discreta, que será más tarde cuando se la destaque. "Por lo demás, el sentimiento más agudo de su presencia está ligado a un momento en que el sujeto no puede sino callarse, es decir, en que retrocede incluso ante la sombra de la demanda." Hay además algo que entra, que se introduce. Ya se alude a lo que liga esta presencia del analista con el silencio de la pulsión, y ya es el comienzo de lo que deberá ser en ese lugar la posición del objeto *a*.

Miller, J-A (2010) La transferencia y el amor, *Extimidad*, Paidós, Bs As, Argentina, pp. 91-92.

Si hay lo óntico en el psicoanálisis, es lo óntico del objeto *a*. Pero, precisamente, no es el camino que Lacan escogió. Él escogió el camino lógico, el camino de la consistencia lógica. Y solo así puede concebirse al analista como objeto *a*. El analista no es únicamente una contingencia corporal. Lo es también, por supuesto, porque está su presencia, pero él obtiene su valor, sobre todo, de la lógica. Y eso

no permite sentarse tranquilamente entre el significante y el objeto. Habrá que ver, por el contrario, en qué sentido el objeto *a* es una consistencia lógica.

Miller, J-A (2010) ¡Alarma de bomba!, *Extimidad*, Paidós, Bs As, Argentina, p. 229.

En la perversión hay un acceso muy especial al manejo, incluso científico, del saber. El aspecto incrédulo del perverso, el aspecto por el que conoce lo que se esconde —si seguimos a Lacan en esta paradoja— no viene en absoluto de la negación pura y simple del sujeto supuesto saber, más que en la medida de una identificación profunda. A partir de esta identificación, se puede hacer precisamente el descreído, es decir, no encontrar nunca el sujeto supuesto saber en el mundo, porque este engaño fundamental, si me permiten, lo constituye él mismo. Llegado el caso, esto alivia para el perverso las negociaciones con el mundo. Mientras que el neurótico está estorbado por el saber. Por eso intenta obtener la última palabra, intenta obtener la verdad a través de la experiencia analítica, cuando tiene acceso a ella. Busca obtener del saber efectos de verdad. El resultado, desde esta perspectiva, es hacer surgir lo ininterpretable en el análisis, como lo califica Lacan, la presencia del analista como equivalente a la consistencia lógica del objeto *a*.

Miller, J-A (2010) Las ficciones del Otro y del objeto, *Extimidad*, Paidós, Bs As, Argentina, p. 345.

No estoy aquí simplemente para ponderar —como hago a menudo— el bien decir de Lacan, sino que subrayo que esa palabra indica una relación. Un médium, como medio, sólo adquiere valor en una relación. De hecho, y a partir de esta evidencia fenomenológica, la experiencia analítica misma está concebida sobre la base de la relación cuyo medio es la palabra.

Es lo que destaca la siguiente proposición, que ahora se presenta como una deducción del punto de partida, un desarrollo de lo que éste ya supone: «Mostraremos que no hay palabra sin respuesta [...]»; es decir que, de entrada, toda palabra instala al Otro en el campo del lenguaje. Luego se disipa cualquier equívoco: «[...] incluso si no encuentra más que el silencio, con tal de que tenga un oyente [...]».

Este conjunto constituye el axioma de Lacan. La indicación «con tal de que tenga un oyente» instala al Otro en el campo del lenguaje, puesto que es una reserva satisfecha por la experiencia misma, que sólo tiene lugar con la presencia del analista, supuesto oyente. Y esto es así aun cuando este oyente, en el contexto del informe de Roma, todavía no haya recibido el nombre y la escritura del Otro, que llamamos A, con mayúscula.

Miller, J-A (1998) Forclusión generalizada, *Los signos del goce*, Paidós, Bs As, Argentina, p. 369.

Podríamos satisfacernos con esto si no hubiera cierto “en presente” del sujeto. Este “en presente” del sujeto se presenta en el fantasma. En “Kant con Sade”, página 580 de los Escritos, Lacan dice: “[...] para volver a la función de la presencia en el fantasma sadeano”.

Esta función toma todo su sentido en relación con la falta en ser. En la cadena significante, el sujeto está continuamente sometido a una vacilación que no le permite ninguna unidad ni ninguna presencia de sí. La identificación por lo general lo garantiza contra la falta en ser —la identificación que es engañosa—. La cuestión propiamente analítica no se refiere a la identificación sino al fantasma. Allí el sujeto encuentra auténticamente no su falta en ser, sino su ser, su *Dasein*, según el término que Lacan toma prestado de Heidegger. Ese *Dasein*, ese ser ahí, el sujeto no lo conoce jamás cuando está vehiculado en la cadena significante. La cuestión que se le plantea a la teoría analítica es saber cómo ocurre que por la oferta analítica el psicoanalista sea conducido a esta función de la presencia. ¿Cómo la falta en ser del sujeto supone esta presencia? Es el misterio de la transferencia que se trata de estructurar. Por ofrecerse a interpretar, el analista se encuentra conducido a asumir esta función de la presencia.

Miller, J-A (2018) Retratos Clínicos, *Del síntoma al fantasma y retorno*, Paidós, Bs As, Argentina, p. 149.

Esta reserva en el lugar del Otro constitutiva de la experiencia puede materializarse por el abandono de la experiencia analítica por parte del sujeto. No se abandona un análisis como se deja de ir al dentista. Se abandona un análisis, por ejemplo, cuando alguien se identifica al punto de extimidad. Ese algo que falta en el lugar del Otro se concreta también en el sentimiento de la presencia del analista —en tanto que Freud señala que este sentimiento esconde la interrupción de las asociaciones—. De hecho, diría que la forma *princeps* bajo la cual esto que falta en el Otro se concreta en la experiencia analítica es la opacidad del deseo, cuando se torna evidente para el sujeto que el deseo permanece ilegible, indescifrable. Esto puede tomar diversas formas. Por ejemplo, la forma del “¿entonces, qué quiere decir usted?”, acogiendo una interpretación. Pero evidentemente, esto siempre es reversible en un “¿entonces, qué puedo decir?”.

Miller, J-A (2018) Presencia del analista, *Del síntoma al fantasma y retorno*, Paidós, Bs As, Argentina, pp. 154-155.

El primer paso que se impone es captar que ese es el lugar mismo del deseo del analista. La interpretación apunta, en primer lugar, al lugar mismo que es el de la causa del deseo. Es exactamente lo mismo que decir que el deseo del analista es su enunciación. Para que la interpretación apunte a la causa del deseo es necesario en primer lugar que valga como x , es decir que sea no una respuesta sino una pregunta sobre el deseo. Incluso eso es mucho decir, porque el deseo es pregunta. Así lo introduce Lacan y dio una suerte de clínica de las preguntas que encontramos en los Escritos. El deseo es pregunta, es decir que el deseo está en la búsqueda de una solución. Y la tesis de Lacan sobre el final del análisis es que el deseo puede encontrar su solución. Para hacer mover un poco esta expresión de atravesamiento del fantasma, que se fosiliza, podríamos por ejemplo, hablar de solución del deseo. Es una expresión que me parece totalmente deducible de “La proposición del 67...”. En un sentido, el falo es la significación última, escrito con la pequeña letra griega entre paréntesis y precedida de un menos: (-phi). Pero a Lacan no dejó de preocuparlo, a partir de cierta fecha, cómo formular el más allá de esta significación. Intentó hacerlo hablando de la presencia real, que quiso escribir esta vez con fi mayúscula Φ . Con ese símbolo trató de designar lo que sería un falo del más allá de la significación fálica. Pero finalmente, hizo funcionar mucho más el símbolo del objeto a . Evidentemente, allí se entra en grandes dificultades para poner en juego (-phi) y Φ . Lacan trató de producir una escritura para el más allá de la significación utilizando el significante de la significación última, y a partir de cierto momento, prefirió al objeto a para esta función. Este objeto viene precisamente en tanto presente en el paréntesis de la ausencia del sujeto.

Miller, J-A (2018) Presencia del analista, *Del síntoma al fantasma y retorno*, Paidós, Bs As, Argentina, p. 158.

Lo que llamamos la neutralidad benévola es al menos una indicación para el analista que no hace de sanador, que no hay que ofrecer el soporte corporal requerido para el desarrollo de la operación a nivel de la sugestión. Esta intersección la encuentran incluso en la gimnasia. Cuando el tipo les dice cómo saltar, salta un poquito él mismo. No demasiado, solo un poco. Lacan llega a decir: “Ustedes los psicoanalistas, sujetos de la ciencia psicoanalítica”. ¿Ejercer el psicoanálisis es eliminar completamente la relación corporal? Hay una pregunta que se nos plantea en relación con la presencia necesaria del analista. Cuando Lacan identifica la posición del analista a la posición del objeto a , da allí el residuo del soporte corporal, soporte corporal residual en la experiencia analítica que tiene además la propiedad de situarse fuera del campo imaginario. Y es lo que constituye la diferencia del psicoanálisis con la ciencia.

Miller, J-A (2018) Efectos terapéuticos en la experiencia analítica, *Del síntoma al fantasma y retorno*, Paidós, Bs As, Argentina, p. 249.

Eje II: En la ciudad y la época

Del acto del analista se podría decir que tiene una vertiente simbólica, que sostiene la alienación, y una vertiente separadora, en la medida que se pone en la posición de la cosa inasimilable, como objeto *a*. Cualquiera que sea la organización conceptual, el analista debe estar allí con su cuerpo y encarnar el límite real de toda la elaboración de saber. Siempre vuelve la idea de que si la cadena significativa es lo importante, ¿por qué no quitarle el cuerpo y hacer análisis por carta o por teléfono? Porque la presencia de los cuerpos es condición *sine qua non* de la experiencia analítica, porque no es solo alienación. De no ser así, se puede hacer análisis por *e-mail*. Pero hay allí un irreductible.

Miller, J-A. (2015) Repetición, transferencia, pulsión y real, *Seminarios de Caracas y Bogotá*, Paidós, Bs As, Argentina, p. 535.

El analista no trabaja, se coloca en el lugar del que hace trabajar, y eso produce un alivio en el sujeto porque restablece al amo en su sitio. Hay una conjunción entre la decadencia moderna del padre y la emergencia del nuevo objeto freudiano que no es otro que el analista, que se gana la vida produciendo su presencia, con la pura manifestación de su ser. Y si el obsesivo, efectivamente, acepta la situación, el sujeto histérico tiene como objetivo más o menos secreto hacer trabajar al analista o, lo que es lo mismo, buscar su falta, obtener su castración. Si el analista no trabaja no es por el gusto de no hacer nada; es para permitir al inconsciente trabajar, en lo que se llama la histerización del sujeto. Pero histerizar al sujeto no basta ya que si, frente a él, el analista hace de padre, se verá obligado a proponer sus interpretaciones como productos de saber. Por esta razón el analista abandona la posición de padre.

Miller, J-A. (2006) Observación sobre padres y causas, *Introducción a la clínica lacaniana*, RBA, Barcelona, España, p. 136.

Pasemos a la tercera relación, aquella que concierne al eje del analista y el saber inconsciente, tercer lado del triángulo. Allí, la tesis no es que el analista conoce el saber inconsciente, que lee como en un libro el inconsciente del paciente. La tesis es que el analista, con su presencia, encarna algo del goce, es decir, encarna la parte no simbolizada del goce. Por cierto, hay una parte simbolizada, aquella que figura en el materna como S1, S2 ... Sn, y que corresponde a lo que Freud llamaba ideas de la pulsión. Hay una parte simbolizada, pero necesariamente hay otra que no lo está y de la que se puede decir que el testimonio es la presencia del analista en carne y hueso. Freud podía decir que no se había obtenido la prueba del carácter libidinal de los síntomas antes de haber reparado en la transferencia. Pues bien,

podemos decir que la prueba del objeto a la constituye la necesaria presencia del analista, en carne y hueso, en la medida en que hay una parte no simbolizada del goce.

La tecnología, este es el aspecto anticipador del milenio, nos permite sin duda estar allí sin el cuerpo, no es estar allí, no es la verdad verdadera. Sin duda, les van a decir: se puede dar la voz, la imagen, mañana se ofrecerá el olor, ¡y hasta quizá se aporte el clon! Pero aun así habrá, en el próximo milenio, una parte no simbolizada del goce y ella requiere la presencia del analista.

Miller, J-A. (2010) El tiempo en el análisis, *Los usos del lapso*, Paidós, Bs As, Argentina, p. 22.

El objeto no es un asunto de representación, puesto que ella es asunto del significante. Con el significante siempre estamos en representación. Por poner significantes estoy aquí en representación. El problema es que con el objeto hay un trazo de presentación. El objeto no remite a otro objeto. Por eso Lacan aborda el fantasma sadeano por el sesgo de la presencia, hay que saber entender esta presencia ella, viene al lugar de la representación, esto hace que nos desplazemos para dar cursos, por ejemplo. Podríamos imaginarnos prescindir de eso y grabarnos antes. Si no pasamos por esta construcción, terminamos por tener dificultades en la orientación significante para dar cuenta de la presencia del analista en la sesión analítica. En la orientación significante de la experiencia esta presencia del analista se torna un problema. ¿Por qué hace falta esta presencia? ¿Por qué eso no funciona en la dirección del significante como tal? Es un problema que fue debatido por nuestros amigos kleinianos argentinos. Su problema era que la cuna del kleinismo se encontraba del otro lado del Atlántico, y que a pesar de la extensión del kleinismo, había muy pocos argentinos que viajaban, por lo que grababan y enviaban cintas magnetofónicas. Podemos dejar una pequeña duda sobre el hecho de saber si eran análisis o controles, pero hace aparecer un límite de la experiencia, es decir que el análisis no funciona solamente por la representación significante. Existe la dimensión de la presencia y trabajamos con eso, y esa presencia Lacan la da como la estructura misma de la relación analítica.

Miller, J-A (2018) Composición heterogénea del fantasma, *Del síntoma al fantasma y retorno*, Paidós, Bs As, Argentina, p. 82.

Eje III: En la Escuela

Ahora bien esta presencia del analista es una función completamente decisiva desde *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Entonces, la presencia del analista podrá valer como lo real no simbolizado, pero no errático. En ese punto es preciso reelaborar todo el asunto. No está permitido al analista estar ya ahí, ya no ahí. La presencia del analista en la experiencia analítica puede valer

como el resto de lo real no simbolizado. Cuando uno se ve arrastrado por la pasión del psicoanálisis, puede querer hacer su análisis a distancia, su pase por escrito. Ese es el fantasma de lo que sería la reabsorción total de lo real en lo simbólico: no hacerlo en presencia.

Miller, J-A (2010) La transferencia y el amor, *Extimidad*, Paidós, Bs As, Argentina, p. 91.